

***EL DRAGÓN ARMAMENTISTA DE DAMÓCLES Y LA ODISEA  
DEL AVE FÉNIX DEL HUMANITARISMO***

***Espectros de aniquilación general e inhumanitarismo ante la  
anarquía armamentista y la intolerancia contemporáneos***

*Elaborado por Jaime Erwin Blanco Niño*



***-EL DRAGÓN TERMONUCLEAR Y QUIMICO-  
BATERIOLÓGICO DE DAMÓCLES Y LA ODISEA DEL AVE  
FÉNIX DEL AMPARO HUMANITARIO, LA TOLERANCIA Y  
EL CONTROL DE ARMAS DE DESTRUCCIÓN MASIVA-***

*Espectros de aniquilación general e inhumanitarismo ante la  
anarquía armamentista y la intolerancia contemporáneos*

*Del orden maquiavélico de los bloques ideológicos al control  
armamentista supranacional a la “maldad política” de la guerra y a  
la autodestrucción global*

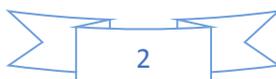
*-Nacionalismo, Nihilismo, Totalitarismo y “maldad política” como  
Deslegitimación Democrática y escudo de la guerra en Ucrania  
versus el control armamentista supranacional pro-supervivencia  
global-*

***Elaborado por: Jaime Erwin Blanco Niño***

***Municipio Los Patios, Norte de Santander, Colombia***

***Abril 23 de 2022***

***Capítulo I***



***En torno a la “maldad política” que deslegitima a las democracias con la barbarie de la guerra***

*De la crisis de legitimidad democrática fundada en los ideologismos del Estado paralelo al de las leyes a los regímenes de la “maldad política” que vulneran los derechos humanos y secundan deslegitimaciones guerreristas del orden social o Estatal, el desarrollo material y/o espiritual o el bienestar público*

En el libro sobre la crisis de legitimidad del Estado Democrático Contemporáneo de Alan Wolfe (1977) se percibe que como consecuencia de la Primera Guerra Mundial del siglo XX las democracias estaban en una crisis social o que estas necesitarían cambios profundos a nivel social para superar las desigualdades así como la debacle generada por el conflicto mundial y en ello se mencionó la llegada de la llamada Revolución Bolchevique como una respuesta a las graves deslegitimaciones sociales inferidas por la guerra. Siguiendo este razonamiento se infiere que la guerra solo produce crisis de legitimidad en el ámbito social, - esto es deslegitimaciones sociales-pobreza o crisis en el “modus vivendi” y lo económico-social que requerirán cambios futuros audaces para la restauración...Pero al mismo tiempo algunos totalitarismos fueron la causa desafortunada del exterminio de algunos pueblos. Por ello Alan Wolfe (1977) alude al término “maldad radical” para referirse a los abusos cometidos por algunos líderes o dictadores totalitarios como Hitler y Stalin en particular cuando alude a las enseñanzas de la historia contemporánea y refiere en torno a ellos que:

Lo inalcanzable de sus objetivos es lo que hace tan radicales a los líderes de ese mal desmesurado. Como la lucha para obtener sus objetivos nunca tiene fin, el poder de aquellos que los proclaman nunca cesa; el mal radical nunca se puede llegar a satisfacer, pero siempre exige más. Si por un milagro un régimen totalitario consiguiera su objetivo, debería marcarse otro o no tendría nada que hacer; desde el punto de vista de su supervivencia, lo peor para un sistema totalitario es solucionar un problema que previamente ha identificado como el motivo de su existencia. Como a Hitler le gustaba Wagner, los últimos años del Tercer Reich se suelen describir como *Götterdämmerung*, o el ocaso de los dioses. Sin embargo, esta fue la única de las óperas de Wagner que no se honró en el quincuagésimo aniversario de la muerte

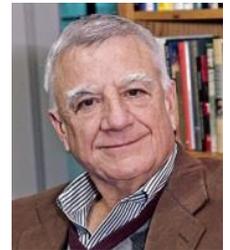
del compositor, en 1933; no habría habido ocaso alguno de los dioses nazis si Hitler hubiese tenido algo que ver con el asunto. Los defensores de Arendt se han desvivido por explicar cómo el totalitarismo puede ser banal y radical al mismo tiempo. Sus explicaciones no son demasiado creíbles, porque los dos términos que ella usaba como adjetivos reflejan sensibilidades totalmente distintas sobre uno de los más importantes fenómenos humanos. Mientras que los malhechores de Columbine y Virginia Tech se acercaban a lo banal en su cotidianeidad, la maldad de Hitler y Stalin iba más allá de toda comprensión. En este último punto, si no en el otro, Arendt tenía razón, aunque posteriormente dijera al estudioso y místico judío Gershom Scholem que «en realidad mi opinión ahora es que la maldad nunca es “radical”» y decidiera no volver a usar nunca ese término. Tendría que haberse quedado con su inspiración original, al menos en lo concerniente a los grandes dictadores. El totalitarismo quizá no tuviera éxito a la hora de destruir la naturaleza humana, pero mató a enormes cantidades de personas de una manera sistemática y con una eficiencia despiadada. Nunca nos gusta decir que algo no tiene precedentes, pero a veces es verdad. El totalitarismo, como intentaré demostrar más adelante, es una de esas cosas. A lo largo de la historia existió gente tan malvada como Hitler y Stalin, pero carecía de los medios que esos hombres tuvieron a su disposición. Entre líderes que poseen un exagerado sentido de su propia misión pueden existir motivos, pero hoy en día los malvados nunca pueden llegar a cometer tanto daño. Queremos un término que señale los actos de los dictadores totalitarios como únicos, y el término «maldad radical» al menos lo consigue.

En consecuencia, se podría en parte argüir que la crisis de legitimidad del Estado Democrático contemporáneo no solo procede de los ordinarios males de la corrupción, las legitimaciones económicas que reducen a unidimensionalismo consumista a las sociedades al deslegitimar la democracia, los autoritarismos exacerbados o los totalitarismos generatrices de injusticias, sino que a partir de la guerra y la acción bélica solo se suceden graves males sociales o deslegitimaciones económico-sociales irremediables en principio pues lo social es seriamente deslegitimado ya que “la paz es el desarrollo de los pueblos” y sin ella es difícil asumir que las naciones tengan progreso o solución a sus necesidades insatisfechas más básicas tal y como parece haber sucedido en Ucrania u otras naciones azotadas por



conflictos bélicos. Por ello el recurrir a la “maldad política” para escudar o justificar guerras o genocidios es cuestionado por Alan Wolfe (1977) en su libro “La maldad política” cuando sugiere que es preciso evitar incurrir en este tipo de inmoralidad en el liderazgo al indicar que:

Esa tendencia a encontrar motivos más generales para la “maldad política” también es una tentación que sería mejor evitar. Puede que el mal en general ande flotando por ahí, pero la “maldad política” ocurre a ras de tierra (a menudo, en los trozos de tierra más específicos y disputados) y comprenderla y combatirla requiere prestar atención a causas y preocupaciones locales. El tirano Sadam Husein quizá tuviera inclinaciones fascistas, pero era un baazista iraquí, no un nazi. El comunismo fue uno de los grandes dioses fracasados de nuestro tiempo, pero no fue el causante de la limpieza étnica de la antigua Yugoslavia; lo que la causó fue la decisión de los líderes de las naciones independientes no comunistas de redibujar sus fronteras para incluir a más gente como ellos. Los conflictos tribales que se intensificaron en toda África se vieron exacerbados por las divisiones artificiales impuestas por los occidentales a sus antiguas colonias, pero esos conflictos también tienen raíces indígenas. Hezbolá y Hamás se niegan a renunciar al terror, pero su militancia tiene poco que ver con algo llamado islam radical, y mucho que ver con la política inmediata de Oriente Medio, igual que la decisión de Israel de fortalecer su seguridad se ve motivada por consideraciones de construcción de su Estado, y no forma parte de ningún intento sionista de controlar el mundo. La época contemporánea contiene una buena cuota de enfrentamientos, pero no todos ellos son de civilizaciones. Debemos enfrentarnos a la “maldad política” allí donde más importa, que es donde tiene su hogar. Las ideologías no matan a las personas, pero los líderes políticos locales sí.



Además, como “la paz -supone- la ausencia del conflicto” y las naciones victimizadas por la guerra son sometidas a ella puede suponerse que muchas deslegitimaciones sociales suceden simplemente por la “maldad política” que induce deliberadamente a una nación a la guerra en perjuicio de otra mas débil, indefensa o inerme ante el concierto internacional de las naciones en ocasiones indiferentes o pasivas frente al temerario despliegue de poder de naciones

industrializadas, potencias-o incluso superpotencias- que han decidido utilizar de manera cientificista la tecnología para la destrucción de otros países antes que para la solución de las graves problemáticas que azotan al mundo como la pandemia, las hambrunas, la pobreza, las migraciones o las desigualdades sociales por ejemplo... que como calamidad pública aunada a los cataclismos naturales y al cambio climático extremo no han dejado de compeler al mundo al desafío de sobrevivir en medio de la escasez de alimentos y las condiciones hostiles del medio ambiente ante el calentamiento global y el deterioro paulatino de las condiciones más dignas de vida o supervivencia sobre la tierra. En torno a ello plantea Alan Wolfe (1977) que un sistema ético es válido a nivel social como una cierta responsabilidad moral (quizá análoga a la antinihilista o antianárquica de Young) cuando defiende que se debe evitar toda “maldad política” o todo exceso bélico en el liderazgo:

La “maldad política” es perjudicial también en sentido figurado. Cuando se funden los casquetes polares o cuando la sequía causa enormes hambrunas en las regiones más pobres del planeta, sentimos que deberíamos haber dado algún paso para evitar esas catástrofes, pero los nexos causales son complicados y todavía tienen que ser analizados, y los resultados prometidos quedan lejos. Es evidente que podemos hacer alguna cosa, como comprar coches híbridos, bajar los termostatos y ofrecernos voluntarios para hacer buenas obras en el extranjero, y que eso sin duda ayudará a modificar la gravedad de los daños. Pero también hay que reconocer que, aunque tengamos algo de control sobre la naturaleza, esta tiene otras formas de salirse con la suya. Cuando eso sucede, nuestra responsabilidad termina. Y con esto no quiero negar realidades como el cambio climático, las sequías, el sida, la malnutrición y la sanidad inadecuada, que se hallan entre los problemas más graves que el mundo tiene que resolver y que requieren de una intervención humana masiva para poder ser corregidos. Pero todos estos problemas se encararán mucho mejor apelando a los poderes de la invención y la tecnología, en lugar de discutir las cuestiones fundamentales que han intrigado a teólogos y filósofos morales a lo largo de los siglos.

Pero más allá de las deslegitimaciones ideológicas lo que acontece en realidad -al interior de las naciones victimizadas o flageladas por la guerra - es que se sufre por liderazgos erráticos o absurdos que solo

generan “Estados paralelos a los de las leyes”, -Estados pérfidos de suplantación lobina del bienestar público o el bien común-, es decir la decadencia es generada realmente por la crisis moral en los liderazgos , su accionar autoritario al margen del derecho Internacional Humanitario, los derechos humanos , la consulta popular o el consenso público y por ello el accionar dictatorial , autoritario o totalitario solo redundará más bien en una “maldad política” que se escuda en ideales o en -verdades convenientes o absurdas- que de manera servil solo se prestan -en medio de cierto racionalismo instrumental- para la sacralización ideológica más afín o análoga a la imposición del elitismo utilitario que más perpetúe el nihilismo amoral del líder guerrillero en el poder mediante el uso más temerario, maquiavélico o abyecto de la maquinaria bélica técnicamente sofisticada para la destrucción-enmascarada y/o sutil - de los otros o sus civilizaciones en medio de un científicismo amorfo con sus derechos o garantías sociales. Los idearios o las sacralizaciones ideológicas hábilmente utilizados para justificar la “maldad política” o la guerra son descritos por Wolfe (1977) en estos términos:

Nada caracteriza mejor la naturaleza dual de la “maldad política” que los objetivos que persigue. Para aquellos que se sienten atraídos hacia ella, hay algo glorioso en los objetivos que su violencia está destinada a producir: la política rutinaria asociada a negociaciones, compromisos y diplomacia no va con ellos. Por terrible que sea, la “maldad política” ofrece a sus seguidores una concepción grotesca de la vida correcta. Obviamente, el terrorismo, la limpieza étnica y el genocidio nunca se pueden reconciliar con ninguna explicación creíble de una conducta moral. Pero los líderes de movimientos y Estados políticamente malvados no atraerían tantos seguidores si no exhibieran algún ideal atractivo para un gran número de personas. Sus políticas, al menos cuando se inician en el tema del mal, son «visionarias»

De este modo, la “maldad política” supone la transgresión de un sistema de valores o legalidades que de ordinario amparan los derechos humanos y sin los cuales la “confianza legítima” depositada en los líderes se transforma en barbarie sin límites al servicio de poderes autócratas e injustos que se lucran de la propaganda y la demagogia mientras -enmascaran- la vileza , la tortura genocida y la crueldad de sus acciones de dominación, manipulación de las masas, opresión

totalitaria o exterminio a la par que se -escudan en idearios- o “andaderas” de imperativo categórico o fuerza bruta hábilmente utilizados para maquillar sutilmente – a la manera de un falso positivo” justificado”- la crudeza de sus acciones guerreristas de muerte, tumba, caer y avasallamientos de los otros -o de otras civilizaciones- respecto de las cuales hace creer que sufre choque ideológico , conflicto de intereses mientras en realidad actúa con intolerancia al impedir que alguien pueda disentir en relación a las opiniones o las ideas unilateralmente impuestas...

De manera que por ello Alan Wolfe (1977) llega a cuestionar en su Libro sobre “la “maldad política” el que las civilizaciones o los líderes se acostumbren a actuar más por reacción bélica o guerrerista, por abuso inmoral de poder o por imperativos categóricos de fuerza bruta que por sensatos designios de gobierno acordes con la “confianza legítima” depositada en ellos y por ello este autor sugiere buscar soluciones democráticas o diplomáticas a los conflictos y actuar con apego a la moral cuando afirma que:

Si no encontramos una forma de pensar más claramente en la “maldad política”, y seguimos respondiendo a ella de una manera tan poco eficiente, el mundo que habitamos tendrá un aspecto muy distinto de aquel al que estamos acostumbrados. No es solo que nos enfrentemos a nuevas campañas de exterminio y violencia de inspiración religiosa; esas cosas forman parte desde hace mucho tiempo de la condición humana. La “maldad política” no es un problema grave cuando la gente ya no espera nada. Cuando casi nadie es libre, la esclavitud parece menos criminal. Cuando se da por hecho que los líderes oprimirán a su pueblo, la existencia de la tiranía no destroza la confianza en la humanidad. Cuando todos los Estados son Estados agresores, ninguno de ellos es peor que los demás. Solo cuando hemos tenido un atisbo de lo que significa esperar un mundo mejor, la “maldad política” de este mundo nos conmociona.

...Entonces la “maldad política” deriva de la inmoralidad bélica que se escuda en idearios secundados realmente mediante la fuerza bruta al margen del respeto de los derechos humanos, los valores , el bien común o las libertades humanas...Y termina por lucrarse del terror o el pánico de quienes de manera pusilánime o fútil carecen de una respuesta

oportuna ante la barbarie avasalladora del impávido dragón armamentista -de maquinarias convencionales o no convencionales-, debacle perpetrada por un monstruo análogo al descrito por Bradbury en su cuento “El dragón” por un ente acorazado volátilmente misilero, aunque -sofisticadamente exterminador - desatado por la alianza rusa-bielorusa de naciones con el liderazgo prevalente de Vladimir Putin en verdad beligerante, -autoritario, totalitario- o de “maldad política” en el trasfondo maquiavélico de su actuar al margen de la justicia... y por ello Alan Wolfe (1977) llega a indicar y sugerir que en estos u otros casos de totalitarismo o de eventual abuso de poder se actúe al margen de la llamada “maldad política” en particular cuando sostiene que:

El reconocimiento de la “maldad política” sirve como recordatorio de que no tenemos por qué ser gobernados por ella. La mayoría de la gente intenta honrar el código moral de su religión, vivir en paz con sus vecinos, aprender a respetar y tolerar a aquellos con quienes no está de acuerdo, y no apremiar a sus líderes para que se venguen de sus enemigos. Debido a ello, el hecho de que otros no lo hagan, y que por el contrario rompan toda restricción moral y participen activamente en los actos más crueles, resulta mucho más alarmante y menos aceptable. En la cuestión de la “maldad política” está en juego no solo si podemos poner fin a la muerte y a la destrucción que esta inflige, por muy importante que sea intentarlo; también pesa en la balanza la cuestión de si somos seres decididos y capaces de crear un mundo más justo y humano, o si por el contrario somos criaturas subhumanas enfangadas en una lucha interminable por la supervivencia, en la que el que tiene todas las de ganar es el más despiadado. Si la “maldad política” no es el tema fundamental del siglo XXI, no sé cuál podría ser...

Por esta razón ello hace más cierto aquello dicho por Martin Luther King en torno a que “no se sabe que es peor si la violencia de los hombres malos o el silencio de los hombres buenos” pues como igualmente reza el refrán “el que calla otorga”. Por ello la indiferencia internacional ante el clamor y el sufrimiento ucraniano- cuando sonaban los “tambores de la guerra” rusa o mientras el impávido “dragón” misilero de la maquinaria armamentista soviética asolaba su territorio con vientos de exterminio poblacional en su contra- ha podido ser cómplice de un holocausto o un genocidio sin precedentes en la historia

desde la Segunda Guerra Mundial porque según las palabras de Alan Wolfe (1977) en torno a la “maldad política” ,- el maquiavelismo utilitario , el totalitarismo elitista y/o el uso del racionalismo instrumental para egoístas fines de destrucción masiva-esta inmoralidad bélica y autoritaria del dictador - es hoy por hoy -causa multiforme de deslegitimación y/o desestabilización de las democracias contemporáneas que sufren serios perjuicios sociales en medio de amenazas diversas como el nacionalismo, los conflictos etno-religiosos o político- ideológicos ,las estructuras de economía ilegal trasnacional de maquinarias de tráfico de alucinógenos, la corrupción , los poderes dictatoriales ,autoritarios o totalitarios, los verticalismos de arrogancia e inmoralidad prepotente de los gobernantes de espaldas al bienestar público, a la vigencia de los derechos humanos y el bien común, la legalidad, los principios de confianza legítima, la buena fe, la “moralidad social” , las igualdades y libertades humanas indiferenciadas , etc. etc. ..

Pero este nihilismo nacionalista, -totalitario o chauvinista- imbuido de cierto cientificismo de racionalismo instrumental al servicio de las ideologías y , convertidos ahora en la “maldad política” de los liderazgos guerreris



En segundo lugar, cuando hablamos del mal en general, frecuentemente cometemos el error de pensar que es algo que trasciende a la vida, como si quienes cometen asesinatos en masa, precisamente porque cometen los peores actos humanos, pudieran verse motivados por una causa igual a la enormidad de sus acciones. El siglo XX fue ideológico, y por tanto no resulta sorprendente que, dependiendo de la visión política del observador, en el periodo subsiguiente exista la tendencia generalizada a invocar movimientos a gran escala, llámense fascismo, comunismo, colonialismo, islam radical, sionismo o terror global, como explicación para la persistencia de la “maldad política”. Tratar el mal como parte de una visión más amplia del mundo parece prepararnos para una lucha larga y dura contra este. En general, se cree que aquellos que caen tan bajo como